

La cereza y el lobo

Sofía Ortega



La cereza y el lobo

Título: La cereza y el lobo
Copyright © 2017 Sofía Ortega Medina
Diseño de portada: Sofía Ortega y Soley Aragónés
1ª edición
Todos los derechos reservados.
ISBN: 1973501169
ISBN-13: 978-1973501169

AGRADECIMIENTOS

Papá, Mamá... Tengo un don porque vosotros así lo creéis. No existen padres mejores que vosotros. Mi suerte es infinita por teneros y no hay vida suficiente para agradeceros todo, material y emocional. Reconozco que soy bastante tímida en cuanto a mostraros mis sentimientos, muy despegada e independiente en cuanto a la familia, demasiado seria y siempre "con el morro torcido", pero no hay nadie en este mundo que os quiera más como yo. El día de mañana cuando firme ejemplares en una caseta de la Feria del Libro, lloraremos juntos y brindaremos, aunque seáis unos ancianitos, pero lo viviremos. Esto es una carrera de fondo, pero merece la pena cada zancada solo por contar con vosotros a mi lado. ¡¡¡¡¡Gracias!!!!!!

Irene, Beka y Gabi... Gracias por estar a mi lado, por apoyarme desde el minuto cero, antes incluso de haber escrito la primera palabra de esta trilogía, por escuchar el extenso resumen que os he hecho de cada una de estas tres novelas, por aguantarme durante horas, días, semanas, meses, ¡4 años en total!, hablar sobre estas tres historias de amor... Beka, tú me diste la idea de autopublicar, tú me lanzaste con tu fe ciega en mí; Gabi, tú fuiste la primera persona que se leyó la trilogía, por capítulos mientras la escribía, novela a novela, mi primera lectora cero; Irene, tú fuiste la que me hiciste "creer" cuando había perdido la confianza, me devolviste la magia... Os debo mucho, chicas...

Amigos, familia, bloggers, escritores y lectores... Gracias por los ánimos, por formar parte de todo esto, por vuestras opiniones, por respetarme, por conocerme y por darme una oportunidad en mi gran sueño... Yo jamás olvido lo

bueno que hacen las personas por mí. Os estaré eternamente agradecida...

*A mi marido, Daniel...
Tú eres mi Colin y yo soy tu Jade. Pase lo que pase, siempre será así.
Te amo con locura y con pasión desenfrenada...
Por ti está escrita cada palabra de esta novela...*

CAPÍTULO 1

Siete años atrás...

Apple Valley, San Bernardino, California

Mamá! –llamó Jade Hudson a su madre, Emma, agitando la mano en dirección al coche, un *Mercedes* clásico modelo 280 de los años ochenta, de color blanco sucio—. Bueno –añadió a sus dos amigas–, nos vemos el lunes en el examen –se alejó.

–¡No estudies mucho, empollona! –se despidieron de ella.

Jade giró la cabeza sin detenerse y les guiñó un ojo. Teresa y Lavinia le devolvieron el gesto entre carcajadas.

El chófer de su familia, Mike, abrió el maletero cuando lo alcanzó.

–¡Hola, Mike! –le saludó al hombre uniformado de traje gris oscuro y camisa blanca, sin corbata, pues el cuello corto y rígido de la chaqueta que le cubría la nuca se lo impedía.

–Hola, pequeña –sonrió el chófer. Le cogió la mochila y la guardó en el maletero—. ¿Con ganas de volver a casa?

Mike, de unos cincuenta años más que menos, llevaba al servicio de la familia Hudson desde los primeros recuerdos de Jade. Las canas en las sienes, la tez bronceada, el largo y cómico bigote rizado hacia arriba en las terminaciones y los pómulos rosados transmitían la imagen de bondad y simpatía que lo caracterizaba.

–Gracias, Mike –le mostró su deslumbrante sonrisa—. Siempre tengo ganas de volver a casa –entró y se acomodó en los asientos traseros del *Mercedes*.

El chófer se echó a reír y ocupó su lugar al volante.

–Hola, cariño –le dijo su madre antes de besarle la mejilla.

–Hola, mamá.

Jade se inclinó, apoyó el codo en la puerta y observó a sus dos locas amigas a través de la ventanilla al tiempo que se ponían en marcha. Aún permanecían en la puerta del campus de la universidad charlando animadamente entre ellas.

Teresa, o Mexi, tal cual la apodaban por su origen mejicano, era morena de piel y de pelo y algo rellenita debido a su baja estatura, aunque muy bien proporcionada. Poseía unos ojos rasgados y negros como un cuervo, además de una sensual boca carnosa que siempre ofrecía una perfecta dentadura. Su carácter fuerte y su lengua viperina la convertían en la mejor amiga o en la peor enemiga, y como amiga era una auténtica leona: leal, luchadora, terca y honesta.

Lavinia, o Lavi, natural de California, era la más alta y delgada de las tres. Su impresionante cuerpo, sus largos cabellos cobrizos, brillantes y sedosos, sus ojos de un intenso verde y su rostro de facciones perfectas engañaban, demostraban una apariencia de muñeca frágil, pero su personalidad era justo lo contrario: directa, espontánea y sincera sin importar las consecuencias. Toda la población masculina, joven y madura, se giraba al verla y babeaba por ella. Le encantaban los deportes acuáticos, de hecho, había ganado ya tres campeonatos de surf y en su tiempo libre posaba como modelo para revistas de moda, así se sacaba un dinero extra, aunque no le hacía falta.

Se recostó en el asiento y cerró los ojos, entrelazando las manos en el regazo. Mike sintonizó una emisora de música mejicana, la favorita de los tres. La ranchera se coló por sus oídos y se filtró en su estómago a modo de revoloteo.

–¿Qué tal el examen de hoy? –se interesó Emma.

Jade era el idéntico y delicado retrato de su madre: rubia oscura y natural con algunos mechones claros, ojos castaños, profundos y expresivos, pestañas infinitas, nariz respingona y decidida, pecas infantiles, dos hoyuelos al sonreír, labios perfilados, tez blanquecina y mejillas que no ocultaban sus emociones.

Emma Hudson era una preciosidad, aunque no se consideraba así su hija, pero opinaba que su madre era la mujer más bonita sobre la faz de la tierra, y había más gente que reconocía tal hecho. En la finca los trabajadores decían que no era humana, sino que se trataba de un ángel que había descendido de las nubes para protegerlos, incluso creían que tenía las alas guardadas en la espalda. Algunos niños en verdad pensaban que aquello era cierto. Esto hacía reír a sus padres, sobre todo a Emma, que en ocasiones le confesaba a su hija que de pequeña había sido un diablillo, como ella, y que en la actualidad de vez en cuando lo dejaba libre cuando discutía con su marido, Nathan, el padre de Jade. Sin embargo, a pesar de ello, Emma era educada, paciente, muy alegre y cariñosa con todos, sin importar la condición social.

—Era sencillo, mamá, y solo cuenta un diez por ciento para la nota final —se encogió de hombros, despreocupada—. Me salió muy bien.

A sus diecinueve años el acuerdo que tenía con sus padres seguía vigente en su segundo año de carrera gracias a sus excelentes calificaciones. Como la universidad estaba en Los Ángeles, a dos horas de su casa, demasiado trayecto para hacerlo ida y vuelta a diario, los señores Hudson habían decidido comprar un apartamento al lado de la universidad. Ella adoraba la finca, por lo que, si estudiaba mucho y sacaba buenas notas, le permitían regresar todos los fines de semana, y todavía no había faltado ninguno. Mike y su madre la recogían los viernes a las dos de la tarde, al terminar las clases, y los tres partían rumbo a *Apple Valley*, su hogar.

Los Hudson eran una familia dedicada al vino desde hacía generaciones. Elaboraban y comercializaban por Estados Unidos y algunos países de América un vino blanco, afrutado y prestigioso llamado *Hud*, en honor al apellido paterno. El viñedo se situaba a las afueras de *Apple Valley*, un pueblo de más de setenta mil habitantes, perteneciente al condado de San Bernardino, en el estado de California.

Jade elevó los párpados cuando el coche ralentizó la velocidad. El hormigueo del estómago se convirtió en una persecución de elefantes. Salieron de la carretera y se introdujeron en el camino que conducía directamente a su maravilloso hogar.

Veinte minutos después divisó el viñedo, a la derecha, y también a varios jinetes, entre ellos, su hermano, Will, y cinco empleados de la finca. Los caballos se acercaron al *Mercedes*. Ella se mordió el labio inferior por la emoción y por algo más...

–Jade, por favor –se quejó su madre, aunque intentaba ocultar una sonrisa–, luego se enfada tu padre porque le saludas a última hora.

El chófer frenó hasta detenerse, pues los tres sabían lo que iba a ocurrir. Jade miró a Emma haciendo pucheros. Su madre meneó la cabeza y sonrió abiertamente.

–¡Gracias, mamá! –exclamó, feliz, y salió del coche.

–¡Vamos! –dijo Will, emprendiendo el galope a casa.

Los demás lo siguieron, menos uno, Colin, que le ofreció una mano para ayudarla a subir a la montura con él.

Colin...

Jade escondió el regocijo que sintió y aceptó el gesto. Colocó el pie izquierdo sobre el del chico y se impulsó a la par que él tiraba de ella. Se acomodó a horcajadas a su espalda y le abrazó la cintura con el corazón desbocado.

–¿Lista, cereza? –le preguntó Colin sobre su hombro.

–Sí... –suspiró, entrecortada.

Cereza. Así le llamaba.

Colin era el hijo único de María, la mejor cocinera de la finca, mejicana y madre soltera. Era extraño que una mejicana bautizara a su hijo con un nombre estadounidense, pero lo había hecho en honor al padre de su hijo, fallecido durante el embarazo de María.

En realidad, Colin era bastante corriente en cuanto a físico: alto, delgado, oscuro de pelo muy corto y tez bronceada, herencia de su madre. No obstante, su mirada la fascinaba: poseía unos ojos marrones tan oscuros que en ocasiones creía que eran los de un lobo, sigilosos y penetrantes. La embrujaban sin que se diera cuenta, tanto a Jade como al resto de las muchachas que conformaban las familias de los trabajadores del viñedo, algo que la enervaba a más no poder.

La constitución de Colin siempre había sido engañosa. Cuando María le había propuesto a Nathan contratar al chico durante los ratos que no tuviera que hacer los deberes de la escuela, su padre se había negado, alegando que el muchacho era demasiado frágil para trabajar allí, pero que no se preocupara que nunca les iba a faltar de nada y que lo que debía hacer Colin era estudiar y convertirse en un hombre inteligente, que se sacase un título.

Sin embargo, el chico, que lo había escuchado todo a escondidas, comenzó a dedicarse en cuerpo y alma a labrarse un puesto en la finca, a trabajar sin descanso aunque fuera recogiendo el estiércol de los animales. Dormía poco y estudiaba de madrugada. Y ella, por órdenes del señor Hudson, espía a Colin para contarle después a su padre lo que el muchacho hacía. Nathan se reía ante las cosas que escuchaba, sobre todo a raíz de que el propio Colin se percatase de la existencia de un polizón con coletas y olor a cereza que le pisaba los talones. Ahí fue cuando nació el apodo de Jade: cereza. Pronto, el jovencito se ganó un puesto y, cuando al terminar el instituto, dejó de estudiar y se centró por entero en el viñedo.

–¿Qué tal el examen? –se interesó él cuando se detuvieron al llegar a las cuadras.

Ella se bajó de un salto, luego lo hizo Colin, quien cogió las riendas y condujo al semental zaino a su caseta correspondiente.

Los establos eran un edificio enorme aparte, alejados diez minutos a pie de la casa principal. Se distribuía por apartados. Había más de treinta caballos, acomodados en dos hileras de casetas enfrentadas que seguían la forma de L invertida, desde la entrada hasta la pista interior, a la derecha, donde domesticaban a los sementales y a las yeguas salvajes que se compraban.

Existía, además, una zona que se empleaba para la limpieza de los animales, justo adonde ellos se dirigían, al fondo de los establos, un apartado prácticamente escondido a los ojos de los visitantes o invitados de la familia.

–El examen bien –respondió Jade, algo nerviosa por estar en su mera presencia–. El lunes tengo otro, de *Estadística Empresarial*.

El chico ató las correas a una barra vertical y se acercó al rincón donde estaba la manguera recogida tirada en el suelo.

–¿Ya te lo has estudiado? –le preguntó, sin mirarla, concentrado en bañar al semental zaino.

–Sí, solo tengo que repasar –asintió–. Lo haré mañana. ¿Te ayudo?

–Tráeme el cepillo, por favor –le pidió Colin.

–Claro.

Recorrió las cuadras hasta encontrar un cubo vacío con un cepillo y un bote de jabón. Los otros muchachos que trabajaban allí la observaron sin pudor, no de forma desagradable, pero sí incómoda, como siempre. Eran un incordio.

Jade siempre había considerado al hijo de María como su mejor amigo, de hecho, el único, y eso que era mayor que ella, seis años más. No se habían contado intimidades

ni nada por el estilo, pero poseían la misma pasión en la vida: era el amor por los caballos y por la extensa propiedad. Amaban esas tierras como nadie de los que allí vivían. Eso los había unido desde el principio.

Habían galopado, trotado, paseado, hecho piruetas y trastadas sobre los caballos desde que ella tenía uso de razón. Los demás se reían de él porque se comportaba más como su niñera, eso alegaban. Colin se enfadaba con ellos, pero no les respondía y jamás la rechazaba a pesar de los comentarios del resto de los empleados, jóvenes o adultos, empleados que en ese momento caminaban detrás de Jade.

–Aquí tienes. También traje jabón –le tendió los utensilios.

–¿No tenéis nada que hacer? –inquirió él a los otros muchachos, frunciendo el ceño y apretando la mandíbula con fuerza.

–Preferimos los dibujos animados –contestó uno de ellos, Alberto, el hijo de la doncella personal de Emma, Milagros.

Alberto contaba con la misma edad que Colin. No obstante, su aspecto era opuesto al de él: robusto y de ojos claros. No era atractivo, pero su seguridad en sí mismo encandilaba a las chicas, a todas menos a ella. Además, no eran precisamente buenos amigos, rivalizaban, aunque Colin no se picaba. El hijo de Milagros, en cambio, lo molestaba sin cesar, pero en vano. Si sus continuas pullas o su sentido de la competitividad hacían mella en Colin, este no lo demostraba, gruñía, pero nada más.

Sí, solía gruñir todo el tiempo, como si siempre estuviese enfadado, a pesar de que a Jade nunca la trataba mal, ni le contestaba mal, todo lo contrario, pero la arruga constante en su frente era su distintivo especial. Quizá era esa actitud de desafío perpetua, de lobo al acecho preparado para saltar, aunque nunca saltase, lo que volvía locas a las muchachas.

–Deberías trabajar, Alberto, se te paga por ello –señaló él, bañando al animal con sumo cuidado.

–Hago lo mismo que tú, Colin –escupió el aludido, sin perder la sonrisa de superioridad a la par que se cruzaba de brazos–. Estoy cuidando de la señorita Hudson. La vigilo por si se mete en problemas.

Ella se sobresaltó, cerró las manos en dos puños a los costados y fue a defenderse, pero Colin la agarró por el brazo.

–Vete pasando la manguera por la crin –le pidió él, empujándola para que obedeciese.

Jade observó a Alberto con chispas venenosas en los ojos unos segundos y cogió la goma. Acató la orden, sutil, pero una orden al fin y al cabo. Sin embargo, los otros no se movieron. Su amigo, entonces, la miró y sonrió de forma pícara. Ella le devolvió el gesto y levantó la manguera en dirección a aquellos idiotas.

Enojados y empapados, soltando pestes por la boca, se alejaron corriendo.

–¡Vaya cara se les ha quedado! –exclamó Jade entre carcajadas. Se giró para volver a la faena, pero no se dio cuenta y mojó a Colin.

–¡Ey! –gritó él–. ¡Cuidado!

–¡Uy, perdón! –se cubrió la boca con las manos, un movimiento que regó más aún a su amigo.

–¡Jade! –la regañó, acercándose con el cepillo en la mano.

Ella se rio y procedió a lavarlo, no al caballo, sino a Colin, el cual, ni corto ni perezoso, tomó el cubo con agua y jabón y lo vertió en su dirección.

–¡Eso no vale! –chilló Jade, paralizada al instante, con la espalda y el trasero goteando de manera irremediable. Se contemplaron un segundo–. ¡Te vas a enterar!

Estalló la guerra.

Como él era más alto y más fuerte que ella, tardó muy poco en arrebatarle la goma. La aprisionó por detrás y se la

quitó de las manos, pero estaba el suelo tan resbaladizo que se escurrieron y cayeron sin poder evitarlo.

Las carcajadas se desvanecieron debido a la incómoda situación. Su amigo ahogó una exclamación de dolor, pues había recibido todo el impacto en la espalda y el peso de Jade en su pecho, a quien había envuelto entre sus brazos para protegerla y que no se lastimara.

Calados y sucios se miraron sin pestañear. Los dos corazones se envalentonaron y la gravedad se adueñó de sus rostros, ambos sonrojados. Entonces, Colin alzó una mano y le retiró un mechón mojado detrás de la oreja. La contemplaba con tanta seriedad que ella se asustó. Nunca se habían rozado salvo lo necesario, pero ese gesto... Ese gesto era nuevo.

–¿Se puede saber qué estáis haciendo? –los interrumpió Will.

Se incorporaron como un resorte. No respondieron. Jade salió huyendo en dirección a la casa, pero su hermano la frenó en seco fuera de los establos.

–¿Me puedes explicar qué es lo que acabo de ver? –la interrogó Will, que enarcó las cejas y se cruzó de brazos.

–Nada –arrugó la frente y continuó el camino.

–¡Jade!

Ella se detuvo.

Su hermano, vestido con pantalones beis de equitación, botas de piel negras hasta las rodillas y un polo blanco inmaculado, la observaba con fijeza a través de sus ojos, tan azules como los de su padre. Era también rubio, más alto que Jade y seis años mayor. Habían mantenido siempre una relación muy estrecha a pesar de la diferencia de edad, lo que significaba que no le podía ocultar nada.

Will, al percatarse de su ansiedad, suspiró sonoramente y la abrazó por los hombros.

–Anda, bichito, vamos a ver a papá –le besó la frente y retomaron el trayecto.